

Un calzado aragonés de fibra vegetal: La alpargata y su lenguaje simbólico

MARÍA ELISA SÁNCHEZ SANZ

Preámbulo

Dentro de la amplia gama de materias primas con las que se ha elaborado el calzado a lo largo de la historia: vegetales, madera, cuero, tela, seda, etc., la fibra vegetal, especialmente el esparto y el cáñamo, han sido los materiales más antiguos con que se han realizado las sandalias y las suelas de las alpargatas. La condición de materias orgánicas, expuestas a la putrefacción y a la desintegración, ha impedido, no obstante, que restos de este tipo hayan llegado hasta nuestros días, salvo en el caso de que se hubieran mantenido en una situación de humedad constante o de sequedad continua (como ocurrió con el hallazgo de 18 sandalias pertenecientes a la época eneolítica en la Cueva de los Murciélagos, de Albuñol —Granada—). Pero para después de este momento, pocas cosas más relacionadas con el calzado de fibra vegetal conocemos en cuanto a restos materiales.

Tampoco se ha abordado su estudio como una pieza indumental mas que es desde un punto de vista iconográfico —exceptuando algunos casos mudéjares en pintura de los que se estudió la indumentaria en general y algo se indica sobre el calzado de cuero y tela, o bien otros ejemplos renacentistas—. Pero siempre se refieren a los calzados más ricos. No contamos, sin embargo, con demasiados datos sobre el calzado vegetal, en general, y mucho menos sobre la alpargata en concreto, desperdiándose de esta manera toda la información que podrían facilitar —entre otros anteriores— los pintores costumbristas del siglo XIX. Y a decir verdad, bien poco se ha dejado escrito sobre su empleo, elaboración, distribución geográfica, otros factores, etc.

Nosotros que finalizamos en estos momentos nuestra Tesis Doctoral sobre la *Cestería Tradicional Aragonesa y otros oficios afines*, donde obviamente incluimos no sólo a los cesteros, sino también a los sogueros, alpargateros, escoberos, etc., como colectivos relacionados con la fibra vegetal, hemos considerado interesante dar a conocer ahora no el cómo, cuándo, dónde y quiénes elaboraron/elaboran este calzado —de lo que sí se da cuenta en dicha Tesis—, sino que tomando como ejemplo sólo uno de esos calzados realizados con fibra vegetal, la alpargata —con ella han convivido en Aragón la esparteña y el zueco—, exponer cómo, indistintamente de

haber sido o ser todavía un complemento en el vestir cotidiano, tiene otras connotaciones que nos sugieren nuevos estudios, desprendiéndose de sus múltiples usos, algunos de ellos fuera del pie, una insólita funcionalidad que hace a la alpargata merecedora de un tratamiento especial —aunque aquí no demos más que unos datos meramente descriptivos—. Porque abordada desde este otro punto de vista, que en este trabajo aportamos, la alpargata podemos decir que cuenta con un lenguaje simbólico.

Por sus condicionantes climáticos, Aragón presenta pequeñas zonas geográficas donde el albardín (*Lygeum Spartum*), esparto basto o atocha de calvero, en cualquier caso, un esparto de menor calidad que el de las tierras levantinas y meridionales, crece espontáneamente en Alcubierre, Binaced, Monegrillo, El Castellar, Farlete, Fuentes de Ebro, Jaulín, María de Huerva, Mediana, La Muela, Torrero, Valdespartera o Alcañiz..., aunque las suelas de alpargata generalmente se han elaborado con cáñamo (*Cannabis sativa L.*) que ha precisado de un cultivo y de cuidados especiales. Pero, al contrario que el albardín (planta heliófila, que requiere de poca agua y que encuentra su clímax en zonas esteparias), el cáñamo necesita de abundantes riegos y de un buen estercolado, lo que ha hecho que su cultivo fuera más propio de huerta o vega, siendo al respecto los valles del Flumen, del Huecha, del Jalón o del Jiloca..., de una extremada feracidad, permitiendo cosechas de cáñamo de inmejorable calidad de la que dejaron constancia algunos viajeros que cruzaron Aragón durante los siglos XVI, XVII o XVIII, así como los economistas del momento quienes propusieron nuevos cauces de comercialización de este producto. Ideas que la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País no dejó pasar por alto, corriendo con ciertos gastos conducentes a mejorar las máquinas de agramar y todo el resto del instrumental, etc., a fin de hacer una fibra más selecta.

La relativa antigüedad del Gremio de Sogueros y Alpargateros en algunas de las ciudades aragonesas más pobladas y los costosos y difíciles exámenes a que estaban sometidos los que elegían este oficio, hablan también de la alpargata (indistintamente de suela de esparto o de cáñamo) como un calzado generalizado, absolutamente imprescindible para todos los sectores sociales prácticamente, a excepción de los que se vieron obligados a andar descalzos o de aquellos grupos que por su posición social y económica podían aderezarse un calzado más elegante y más caro. Los demás, casi la mayoría, con menguados recursos, tuvieron que usar, forzosamente, la alpargata, un calzado ligero, cómodo, adaptable y descansado. Hasta higiénico para muchos, lo que no puede considerarse correcto del todo.

Algunas referencias escritas

La alpargata es un calzado compuesto por una suela o piso de cáñamo —aunque también lo puede ser de esparto, de yute y aún de goma—, una

puntera ('capelada', 'careta'), un talón ('talonera') —casi siempre de lona o de cáñamo tejido hecho a 'punto de ojal'— y unas cintas negras o azules de algodón ('vetas', 'felarices', 'trenzaderas') que enrolladas en el talón o alrededor de la pantorrilla sirven para mejor sujetarlas y atarlas.

Sin embargo, aunque todas las alpargatas hayan tenido estos componentes no todas han sido iguales, ya no sólo desde un punto de vista técnico (número de vueltas y de puntadas en las suelas), sino también desde el punto de vista decorativo que hacía variar, fundamentalmente, la manera de colocar las cintas en la puntera, cuando no de bordarlas o coserlas, distinguiéndose en ello las de hombre de las de mujer.

Estas diferencias, no obstante, no las hemos podido discernir a través de las noticias escritas, sino a través del trabajo de campo etnográfico y de la consulta de varias imágenes gráficas. Porque cuando la fotografía fue una realidad, permitió hacer retratos en los que los personajes aparecen de cuerpo entero, pudiéndose ver, en algunas ocasiones, el tipo de calzado que llevan, más en el caso masculino que en el femenino —casi siempre con los pies cubiertos por las faldas—, aunque la mayoría de las veces, en escenas ciertamente preparadas, donde el hombre permanece derecho mientras que la mujer se nos muestra sentada, pero en las que el calzado fuera cual fuera la materia prima de que estuviera hecho, solía ser fidedigno.

Al mismo tiempo, también ciertos textos, pese a que no hagan una descripción completa de todo cuanto tratan, nos han servido para esbozar una clasificación de nombres de alpargatas, aunque averiguar sus formas haya sido más difícil e incluso imposible. Estos escritos son los «*Bandos de búsqueda y captura*» de personas e individuos que huían de la justicia y que dictaban los Jefes Políticos y los Tribunales. A falta de otros medios, fue una buena fórmula de prosa oficial, utilizada durante el siglo pasado, que hoy serviría bien para estudiar la indumentaria, más naturalmente, las prendas de vestir que las alpargatas —ya intentado por Aurelio Biarge con la ropa de Huesca—, pero que nos ha servido como punto de partida.

Así, se citan las alpargatas 'cerradas' (blancas o negras), las llamadas 'de la mata', las 'de carretero' o 'pasadas a lo arriero', las 'abiertas' o al 'estilo del país', las 'de felarices' y las alpargatas 'a lo miñón' o 'pasadas a lo miñón', estas tres últimas posiblemente relacionables con las que todavía se conocen como 'miñoneras', recogiendo, además, a través de las informaciones orales, otras modalidades tales como la 'blanes', las 'bordadas', las 'furconeras', las 'de siete cintas', las 'pelotari', las de 'hiladillo' y las 'baturras', comparables también estas dos últimas con las 'miñoneras'.

Las 'miñoneras' han sido, sin duda, las alpargatas más tradicionales de Aragón y son las que todavía recuerdan los viejos como usadas «*de toda la vida*», bien apretadas, únicamente empleadas por los hombres. El último alpargatero de Graus (Huesca) recordaba unas 'miñoneras' que tenían una 'empeña' (puntera) de cáñamo muy pequeña, donde apenas cabían los dedos de los pies, aunque empleaban en su elaboración una veta muy ancha o

varias (cuatro o cinco) más estrechas, que partiendo de la puntera cubrían todo el empeine, abiertas en ángulo agudo, para llegar hasta el talón de donde salía otro par de vetas a las que se unían para formar así la sujección correcta [Hilario. Graus. 20 de abril de 1988].

El resto de alpargatas utilizadas por la población aragonesa respondían a modelos más o menos parecidos a las 'miñoneras', pero separándose de este tipo tradicional en la forma de disponer las 'vetas de hiladillo' o 'felariz'. Así, mientras que las de hombre, las indiscutiblemente 'miñoneras', siempre llevaban las cintas ordenadas en forma de ángulo agudo con el vértice en los dedos del pie y la abertura hacia el empeine, las alpargatas de mujer, la mayoría de las veces llevaban las cintas dispuestas horizontalmente y de forma paralela sobre la 'carea' o 'capellada', mucho más amplia, por tanto, que la de los hombres.

Las escasas noticias escritas, no obstante, que hemos podido recopilar se refieren casi con exclusividad a la alpargata aragonesa por excelencia, a la llamada 'miñonera', tomada probablemente de las que llevaban en su uniforme los «miñones», soldados o guardias destinados a la persecución de los ladrones y contrabandistas.

«[...] Los miñones, que son por decirlo así la flor y nata de los mozos de Aragón. Esta tropa ligera, que desde mucho tiempo estaba organizada para la protección y seguridad pública, parece ser en esta época lo que eran antiguamente los 'almugabares' en el mismo reino. Vestidos casi al uso del país con su chaquetilla encarnada, su pistola al lado y su carabina al hombro, han sido siempre el terror de los malhechores. Cuando en 1836 se les trajo á la Corte, y se incurrió en la ridícula torpeza de sustituirles el uniforme extranjero á su trage holgado y nacional, fué tal el horror que les inspiró esta brusca transición, que en breve se desvandaron para volver á su país natal»¹.

Estos personajes fueron vistos en 1837 por Charles Didier en Zaragoza quien nos da cuenta de cómo animaban las calles de esta ciudad:

«Para añadir el espectáculo más efecto y variedad, 'los miñones', especie de gendarmería española, circulaban entre la multitud con uniforme escarlata y cinturón azul»²,

aunque nada dice de su calzado.

Es un artículo de 1840, aparecido en el *Semanario Pintoresco Español*, y firmado por V. de la F. (se supone que Vicente de la Fuente) donde casi por primera vez se decía así de las alpargatas aragonesas:

«[...] Las alpargatas son abiertas y con una pequeña capellada donde apenas pueden entrar las uñas de los pies: Cuando un mozo desea calzar su alpargata con elegancia, pone dos ó cuatro varas de iladillo azul en cada una de ellas y en seguida rodea á su pierna y pantorrilla todo aquel tejido manresano con mas gracia y simetría que pudiera

¹ V. de la F. «Usos y Trajes nacionales». *Semanario Pintoresco Español*, 36-2.^a serie-Tomo II. Pág. 283 (Madrid, 6.septiembre.1840).

² Charles Didier. *Recuerdos de España (1837-1838)*. Cita tomada de la antología preparada por Jean-René Aymes, *Aragón y los románticos franceses (1830-1860)* (Zaragoza: Guara, 1986). P. 114. (Col. Básica Aragonesa; 41).

jamás el mismo Sofocles ceñirse su coturno. Es tal la predilección de los aragoneses por sus alpargatas que las usan hasta los zapateros. Pero esto no excluye el usar zapatos en las grandes solemnidades»³.

Algunos años más tarde, en 1682, cuando Gustavo Doré y el Barón Charles Davillier pasan por Aragón, y fundamentalmente por Zaragoza, este último hace el siguiente comentario:

«[...] Las medias suelen ser azules y bajo ellas se moldea una nervuda pantorrilla. Están a veces cortadas en el tobillo, de manera que dejan ver el pie desnudo, dentro de las alpargatas, atadas éstas con cintas negras. No hay quizá otra provincia de España donde se usen tantas alpargatas o espardeñas como en Aragón, uso que ha dado origen o una locución peculiar del país. Se dice en Aragón 'Compañía de alpargatas', hablando de la sociedad de un hombre poco constante que abandona a sus compañeros cuando tienen la necesidad de él, lo mismo que la alpargata, calzado de poca duración, no tarda en romperse al caminante que la lleva. También se llama alpargata o alpargatilla el que disimulándolos, sabe conseguir sus deseos en secreto, como hombre que anda sin hacer ruido. Hay, también, una copla popular llena de profunda filosofía:

Quien de alpargatas se fía
y a mugeres hace caso,
no tendrá un cuarto en su vida
y siempre andará descalzo»⁴.

Repetidamente, hemos recogido por varias localidades aragonesas otra jota cantada como copla de ronda en la que queda bien patente la diferenciación social a que podía dar lugar la distinta calidad del calzado, enfrentando así a pobres y ricos, a trabajadores y amos:

Esta noche va a salir
la ronda de la alpargata.
Si sale la del zapato,
armermos zaragata.

Y no deja de tener su gracia lo que, en chanza o no, se llegó a pensar y creer cuando los medios de locomoción aparecieron sobre el paisaje aragones:

«ante la inauguración en 1865 del ferrocarril Zaragoza-Alsasua el gremio de alpargateros temieron porque decían que las gentes andarían menos a pie y gastarían pocas alpargatas»⁵.

Otros aspectos menos conocidos del empleo de las alpargatas pueden quedar referidos en estos dos casos. Así por ejemplo, en el Alto Aragón, las alpargatas formaron parte de lo que se conocía como la «cameña» —o ajuar de la novia—, que generalmente estaba formada por las prendas de uso personal que eran voceadas una a una por alguna mujer de la casa al mismo tiempo que el secretario iba tomando nota, dando ocasión a la «Cédula de prendas» que en una casa de Gistaín (Huesca), en el verano de 1943 fue ésta:

³ V. de la F. «Usos y Trajes nacionales». *Semanario Pintoresco Español*, 36-2.ª serie-Tomo II. Pág. 284. (Madrid, 6.septiembre.1840).

⁴ Charles DAVILLIER. *Viaje por España*. (Ilustrado por G. Doré) (Madrid: Anjana, 1982), vol. II, p. 381.

⁵ Luis GRACIA VICIÉN. *Juegos Tradicionales Aragoneses* (Zaragoza: Librería General, 1978), vol. II, p. 11. (Col. Aragón; 20).

«Cédula de prendas de X (novia) y con motivo de su matrimonio tratado con X (novio), se compromete a aportar al dicho matrimonio, a saber: 1. [...] 2. [...] 3. [...] 4. [...] 5. [...] 6. [...] 7. [...] 8. [...] 9. Doce camisas de cáñamo de casa. 10. Dos docenas de pares de medias de lana. 11. **Seis pares de alpargatas** y seis pares de zapatos. 12. Cuatro pares de camaligas [...] Estas prendas que X (novio) recibe de su esposa X y en el día de su matrimonio, serán devueltas a su familia en caso de fallecimiento de la misma»⁶.

Las guerras, en principio no deseadas por los pueblos, tenían cierta incidencia beneficiosa, sin embargo, en las localidades en las que se elaboraban alpargatas, ya que los ejércitos necesitaban varios pares diarios, y las batallas proporcionaban a dichos pueblos buenas rachas de trabajo. Otra cosa muy distinta era, claro está, que cada localidad tuviera que entregar diaria o semanalmente —gratuitamente y por obligación— unos mínimos de avituallamiento, de dinero, etc., a los soldados y eso pasó, por ejemplo, durante la Guerra de Secesión, teniendo que colaborar también con alpargatas aquellos pueblos donde había alpargateros que se dedicasen a hacerlas como fue el caso de Monroyo (Teruel) según este texto:

«Valderrobres, Calaceite, Cretas, Beceite y otros pueblos, aportaban a los franceses de don Felipe 200 doblones cada villa, y así tenemos que a Carlos Godière, comandante de estas tropas en Monroyo se le diese cada tres días 550 raciones de pan, 35 carneros, 250 cuartos de cebada, cada semana un buey, y **25 pares de alpargatas**»⁷.

El lenguaje simbólico

Además de las características festivas que la alpargata puede tener como una prenda puramente indumental, aunque expresamente decorada con cintas de colores, lentejuelas o bordados, etc., para utilizarla por los danzantes o en las representaciones de Turcos y Cristianos y en los bailes que acompañan al Dance, las alpargatas cuentan con otros sentidos no teniendo por qué formar parte del atuendo personal, sino usándose de forma independiente, una o el par, en la alegría de la fiesta, en los juegos de mayores y pequeños, en la medicina, en los ritos de circunvalación o para hacer crítica social, aunque también se han usado en ciertas tareas agrícolas, en los trabajos de cantería, para poder comer cierto pescaso... He aquí sólo unos cuantos ejemplos que lo demuestran.

En San Juan de Plan (Huesca) se celebran las «fallas» de San Juan, el 24 de junio. Antes todos los hombres del pueblo —uno de cada casa— participaban en una carrera transportando una tea —«falla»— encendida para alumbrarse. A aquél que menos tardase en hacer el recorrido establecido —entre el puente y la iglesia— y consiguiera llegar el primero, el Ayunta-

⁶ Esta información le fue facilitada a Ramón Violant i Simorra en el verano de 1943.

⁷ Alberto GARGALLO VIDIELLA. *Pueblos del Bajo Aragón. Alcañiz* (Zaragoza: Gráficas Alcor, 1979), p. 81.

miento le hacía entrega de un par de alpargatas —colaborando así para compensar el desgaste— [Josefina Loste. S. Juan de Plan. 2. mayo. 1980].

En Teruel, a los hombres que portan los Gigantes y los Cabezudos, el Ayuntamiento les paga con 1.500 pesetas y un par de alpargatas a cada uno.

Entre los mayores, han existido ciertas actividades lúdicas como los juegos o comedias que tenían lugar en los «bureos» que se hacían en las masadas del Maestrazgo turolense. Entre todos ellos existió un «*juego de la alpargata*» —con marcado carácter sexual que permitía cualquier contacto— consistente en ponerse todos los participantes (tanto hombres como mujeres, a poder ser alternados) sentados en corro cubriéndose las piernas y las manos con una manta y pasándose la alpargata unos a otros. Por debajo de la manta, otra persona —«a gatas»—, intentaba ver quién tenía dicha alpargata.

«Cuando el del medio se distraía le dabas con la alpargata en el culo, pero si te veía, te quedabas en el centro» [Bertolín. Mora de Rubielos. 3 de agosto de 1982].

Otro juego que se hacía en los bureos de las masadas era el llamado «*juego del huerto*» que consistía en que

«a un masovero se le entregaba la llave del huerto y hacía que cuidaba de todas las hortalizas que eran las personas que había allí. De pronto, entraba el demonio que llevaba dos alpargatas por orejas y dos teas encendidas en la boca y al guardián le empezaba a quitar todas las prendas de vestir hasta dejarle desnudo» [Grupo de viejos. Mora de Rubielos. 3 de agosto de 1982].

fórmula permisiva contemplada por hombres y mujeres masoveros aunque muy criticada —cínicamente— por «los del pueblo».

Entre los pequeños también ha existido el «*juego de la alpargata*» consistente en que todos los participantes se sentaban formando un corro en el suelo. Uno la «pagaba» en el centro y la alpargata se hacía circular por entre los del corro, por detrás, al mismo tiempo que se cantaba:

«A la alpargatilla por detrás, tris, tras,
ni la ves ni la verás, tris, tras.
Mirad p'arriba, que caen judías.
Mirad p'abajo, que caen garbanzos».

Si el del centro conseguía ver por dónde iba la alpargata, se «salvaba» y pasaba al centro el niño que había sido descubierto.

En Bielsa (Huesca), para la fiesta de Carnaval, las «trangas» se disfrazan con pieles de cabra, se ponen dientes de patata y enmascaran su rostro con una mezcla de aceite, harina y hollín. Sobre la cabeza se colocan unos cuernos de macho cabrío pero para que el atado que tienen que hacerles —a fin de que se les sujeten— no les hiera el cuello, les aplican un par de alpargatas puestas por detrás de las orejas como medida idónea y desde luego preventiva para evitar el rozamiento en la piel [Ana Meliz. Bielsa. 25.febrero.1979].

Las alpargatas podían tener también un carácter curativo o ser un remedio médico, fuera, naturalmente, de la medicina oficial. Era el caso de un proceso muy complejo que se llevaba a cabo con las parturientas en la Ribagorza (Huesca):

«cuando se tenía retención placentaria se les ataba unas alpargatas viejas del cordón umbilical y se les hacía saltar, pasear, subir escaleras, etc., hasta que se les desprendía»⁸.

En las tierras turolenses del alto Cabriel también se utilizaba este método y a las parturientas se les ponía una alpargata porque era el peso exacto para atar al cordón umbilical y que pudiese salir la placenta⁹.

Por lo que a un aspecto mímico respecta, también en la Ribagorza (Huesca), cuando los novios tenían relaciones y cohabitación a espaldas de los padres, para volver a casa, si había nevado, se calzaban las alpargatas al revés para que no se sospechase de su visita¹⁰.

En Torre los Negros (Teruel) y en algunas otras localidades zaragozanas, cuando se obtenía un gato procedente de otra casa, para conseguir que se «amarinase» (no se escapase de la casa nueva hacia la de que procedía), se realizaba con él un rito de circunvalación untándole las patas con aceite haciéndole dar tres vueltas alrededor del hogar-fuego o más frecuentemente se le colgaba una suela de alpargata al cuello [Antonio Gimeno. Torre los Negros. 10 de noviembre de 1988].

Otro uso simbólico de la alpargata, pero en este caso silencioso y cargado de crítica o censura social, propio de ciertas localidades del Alto Mijares turolense, consistía en ponerle a un «toro embolado» alpargatas en las orejas; con ello se indicaba que una persona no era aceptada por el pueblo y aunque no se explicitaba claramente de quién se trataba pronto solía ser de dominio público¹¹.

Existen, además, tres expresiones aragonesas que hacen alusión a las alpargatas. Por ejemplo, pertenecer a la *Compañía de la alpargata*, significa que se es gente ruín, que desampara a los demás cuando más le necesitan. *Atarse las alpargatas* indica que alguien debe prepararse para algo que le va a apurar o bien disponerse para salir. Y *alpargatas de fuego* es una expresión de la comarca de La Litera (Huesca) que se emplea para denotar la urgencia con que debe de hacerse alguna cosa.

⁸ J. E. PALACIO NACENTA. «Noviazgo, matrimonio y nacimiento en la Ribagorza» (Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», 1974), p. 182. II CONGRESO NACIONAL DE ARTES Y COSTUMBRES POPULARES.

⁹ Información facilitada por Carmen Alfaro Giner, en 9 de julio de 1988, quien se lo había oído contar a su padre, médico en Teruel durante algunos años.

¹⁰ J. E. PALACIO NACENTA. «Noviazgo, matrimonio y nacimiento en la Ribagorza» (Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», 1974), p. 173. II CONGRESO NACIONAL DE ARTES Y COSTUMBRES POPULARES.

¹¹ FRANCISCO BURILLO MOZOTA. «Tradiciones Turolenses. El toro embolado de fuego» (Julio-agosto, 1981) *TERUEL-Boletín Informativo de la Diputación Provincial*, 64, pp. 55-56.

Sin embargo, las alpargatas han tenido también otras funciones mucho más cotidianas que las puramente simbólicas. Por ejemplo, entre las actividades agrícolas, en Aguaviva (Teruel), cuando se amontonaba el trigo en la era, había costumbre de apalearlo dos veces, por eso

«delante del montón se dejaba una alpargata o un tiesto para que sirviera de señal; al dar la pala con dicho objeto, era prueba de que todo el montón había sido aventado por segunda vez»¹².

Para la extracción de bloques en la cantera y después de que se habían desbrozado con el pico o «acodadera» debían hacerse las líneas de rozas y falqueras donde tenían que actuar las uñas de hierro o de madera con las que cortar el bloque, y que debían ser calzadas para que ajustasen mejor a efectos de que el bloque no saltase en «gallones». Así, en algunos pueblos canteros, como por ejemplo en Uncastillo (Zaragoza), se han empleado suelas de alpargata para calzar las uñas que se introducían a golpe de maza¹³.

En el terreno gastronómico las alpargatas se han usado en ciertos pueblos aragoneses para quitarles las escamas a las sardinas arenques o de «cubo» a base de golpes violentos o de alpargatazos¹⁴.

En Bielsa (Huesca), la almohada y el colchón (la «plumaza») se hacía sobre alpargatas deshechas¹⁵.

Y ya cuando las alpargatas no parecían servir para nada más por estar excesivamente usadas y rotas, aún había quien las adquiría para reutilizarlas. Así, el «tío Tarambana» (Vicente Ortí), natural de algún pueblo de Castellón, se llegaba hasta La Mata de los Olmos (Teruel) con naranjas que vendía a cambio de trapos o suelas de alpargatas usadas¹⁶.

Sirvan estos ejemplos meramente descriptivos para comprobar cómo la alpargata nueva o enriquecida con abalorios y bordados tiene su máxima importancia en el vestir o en ciertos actos festivos cuidando la imagen del personaje de que se trate hasta en los mínimos detalles, como puede ser el del calzado. Pero también la alpargata usada y casi deshecha ha servido para llevar a cabo otros actos expresados por medio de su presencia, peso, dureza del cáñamo, escaso valor económico, etc.

Con esto, sólo hemos pretendido demostrar la necesidad de estudiar la **funcionalidad** de los objetos en su mayor amplitud posible, llegando a encontrar empleos tan dispares como éstos de las alpargatas o sus suelas.

¹² Joaquín ARIÑO MILIAN. «Léxico Agrícola de Aguaviva y su zona» (1980) *Archivo de Filología Aragonesa*, XXVI-XXVII, p. 157.

¹³ Fco. Javier JIMÉNEZ ZORZO. *Muestra de Metodología gliptográfica y su aplicación a la Historia del Arte* (Zaragoza: Diputación General de Aragón, 1985), p. 56. IV COLOQUIO DE ARTE ARAGONES. Benasque.

¹⁴ Corroborado por ANTONIO BELTRÁN MARTÍNEZ. *Cocina Aragonesa* (Zaragoza: Oroel, 1985), p. 115. (Col. Grandes Temas).

¹⁵ ANTONIO BADÍA MAGARIT. *El habla de Bielsa* (Barcelona: C.S.I.C., 1950), p. 318. (Monografías del Instituto de Estudios Pirenaicos; 35).

¹⁶ RAMÓN MAGALLÓN CARBONELL. *La Mata y sus Tradiciones* (Teruel: Gráficas Teruel, 1980), p. 48.